

Un cuerpo de(para) escritura (una introducción)

Por: Juan Carlos Muñoz Bojalil

Fui llevado a elegir para este texto, una lectura dirigida al lugar y función de *la Escritura en, de y para el Cuerpo*, como ese asiento donde el sujeto de lo inconsciente hace acto de presencia, como su lugar de resonancia; y que de un modo u otro la Historia nos muestra que el cuerpo es un archivo (palabra insuficiente ésta, para tal designación, pero por ahora no alcanzo a proponer alternativas), en el que han devenido como signos, esas marcas (significantes), como podrían también leerse en tanto indecibles o indescifrables; por lo que este texto no está exento de recurrencias a mitos e inscripciones diagnosticadas como inaugurales y por tanto fundantes por estructurantes tanto del *ser* como del *estar* de ese sujeto-en-el-mundo.

Así, en la lectura de esta escritura, en su producción (de diferencias y similitudes), insiste una pretensión a demostrar una lección que se argumenta con la denegación, evidenciada como caída del sujeto en su hacer y su decir, y con ello la consecuente denegación otra, esa que habla de la fractura estructural del ser, y que por otra parte es un punto fundamental para el advenimiento epistémico del sujeto (como sujeto del inconsciente), además de la de-mostración *lógica* de la existencia del ser-ahí, como negatividad y su parte suplementaria, como su estar-ahí, que a fin de cuentas no sería, sino ese estar del y por el cuerpo.

Y, con base en ello, quise hacer un juego discursivo entre lo que sería el cuerpo, como su significante primordial, ese rasgo unario ahí, y precisamente con el ser y estar del sujeto en la historia del hombre, con la intención un poco ingenua todavía de desvelar, quizá una “tradicción” a priori, forzada *tal vez*, o aún no desvelada: la de *la historia de la escritura en el cuerpo* del sujeto, esa que le importa al discurso del psicoanálisis.

Entonces, esta escritura en tanto representación en y por significantes, aparece en el discurso del psicoanálisis a partir de Freud, con lo que él nombró como representación-cosa, que como tal la cita en textos como “*La interpretación de los sueños*” o en “*El chiste y su relación con lo inconsciente*” y que se puede asociar al *estar-ahí del sujeto*, como eso que resiste e insiste en su fallida independencia plena de la representación-palabra erotizada, donde a partir de la *naturaleza*¹ de sus agujeros y objetos, la cosa sexual adquiere dirección, aunque no necesariamente sentido, por medio de sus pulsiones (ver, tocar, oír, sentir, gustar... al cuerpo, desde el cuerpo, para el cuerpo), puesto que le da un lugar nombrable para hacer factible entonces su mostración desde lo real, y por ello en y del cuerpo y hasta donde parece que ni el alma en tanto sustancia escapa por lo menos a cierta representación mundana. Y donde el sexo, que pareciera ser un buen punto de partida, se agota, se agotó tiempo ha, quizá desde el principio, al menos para el discurso del psicoanálisis, el saber no reside ahí y a pesar suyo, sino en *su lengua*.

Por eso la escritura en el cuerpo, sin esa marca o huella significativa, es inaugural si y solo si como artificio del tiempo lógico, que anuncia un espacio e/o imagen a nombrar, espacio limitado de algún modo por el contorno que el cuerpo muestra e invita a su demostración. Así en la letra como en el signo encarnado, supongo una insistencia de una historia de historias, y hasta de historietas, pero también de dramas o tragedias, sin evitar lo cómico escudriñado o francamente mostrado, y que incitan a esa lectura que además no deja de ser riesgosa por sus consecuencias, porque supongo que conlleva una formación de compromiso; luego entonces no podría ser legible sin una lectura sintomática, aún y cuando esto parezca un anuncio que la anticipa. Es importante entonces la mención de que el cuerpo de la escritura como el de la escritura del cuerpo, implican ambas, lecturas, escrituras e historias impresas con una trazo, marca, o inscripción que por la vía del

¹ Monroe, Marilyn dijo textualmente: “*El sexo es una parte de la naturaleza, y yo estoy del lado de la naturaleza*” cita del texto >Grandes Personajes de la Historia y de México<, pp986 1ª ed 1997 Ed Océano, España.

significante queda entonces en-carnado el deseo, porque deja su huella inscrita en el sujeto, en su carne, en su especularidad y hasta en su *espíritu* como un texto, en signos, síntomas, imaginarios, síndromes, graffiti, cosméticos, perforaciones, tatuajes, marcas, heridas, jeroglíficos, inscripciones... significantes, que no dejan de mostrar su imposibilidad para acceder a la significación última o primera, sino a otra cosa, entre ellas al enigma y a la carencia, así como en su función de relación. Así como recalcar que la escritura leída así, se inscribe en cualquier texto posible, dando posibilidad de anunciar precisamente la inscripción de eso que es imposible, pero señalado sí, anunciado si., por la imposibilidad del mismo lenguaje.

Cuerpo y escritura parece que se muestran como continentes en sí mismos, y con ello la creación imaginaria de que metafóricamente, funcionasen el uno para con el otro como ese supuesto espejo de sí, sin falta y que a partir de esa lectura, que niega por decirlo de algún modo, su espalda, es decir sus *invisibles* entre si mismos; esto es dicho así, para no ser un resabio en ciernes del pensamiento cientificista de corte cartesiano, del Uno y lo Mismo donde lo real sería lo racional y su Lector, ese Gran Intermediario (léase aquí, con esas mayúsculas, por ser *ese* que descifra todos los textos, y poseyere ese saber sin perdida), estaría o funcionaría exclusivamente como excluido, es decir como muerto, como ese primer gran muerto, que paradójicamente tendría *que ser como un analfabeto, que nos dio la vida marcada con la muerte, para producir a partir de entonces sujetos en la enseñanza interminable de la lectura y de la escritura en el cuerpo, entre otras tantas cosas.* Y así ya este reconocido por el otro como sujeto, entonces dar cuenta de un abismo de imágenes y secuencias sin fin aparentemente.

Así, el cuerpo es mucho, pero mucho más que una masa de órganos y tejidos, de carne, sangre, huesos... y por supuesto que esta percepción (participación de lo imaginario y racional por consecuencia), no depende obligadamente de su habitante, es un cuerpo que antes de nacer está signado en principio desde el Otro, y,

en consecuencia por los otros como ente social. Entonces el cuerpo está como existente ya en el deseo del otro, y por ello simbolizables con un nombre que lo sostenga en la realidad, porque sí sólo fuese como carne-ahí, sería no solamente espantoso, sino también innombrable, además de anular la existencia del sujeto que representa eso que es su cuerpo, y demanda que alguien lo nombre, hecho en sí mismo agresivo, pues marca una pérdida irreparable, para el habitante de ese cuerpo, y es que ese cuerpo, en el tiempo o momento de significación, fuese como el solo ESTAR-AHÍ, como objeto al que no le hacían falta las palabras, en su estadio preverbal, como si hubiese sido un pequeño Dios a adorar, y eso, ese instante, no sería sino configurado e imaginario como pérdida, como si hubiese sido descarnado y que por ello perdió algo al nacer y por nacer precisamente. Una pérdida de “algo” que nunca se tuvo y que el cuerpo re-siente entonces sólo en el alma (tomada aquí como extimidad).

Entonces el cuerpo no se le puede negar que posee dimensiones y registros, como casi todo (para reconocer aquí a los registros del R.S.I. de Lacan), donde una de las formas para estar en el mundo, sería por la vía del placer como ese momento lógico del abandono en ese cuerpo, para ser otro, para estar como otro, y ya no solo como yo; o por la vía del goce, donde hay en ello una ofrenda para hacer existir a ese Otro para que lo posea y que le promete la unidad total *a posteriori* y *ad infinitum*, y/o hasta que el cuerpo aguante; pero para su alcanzamiento se requiere que se produzca una no-lectura de ese acto innombrable. Y por ello se me ocurrió que le pediría a *Nadie* que la escritura del cuerpo no posea, ni represente memoria alguna para nadie, sin signos, y sin imágenes, solamente ausencias, para poder aterrizar en el paraíso que se perdió en los tiempos. Por eso la escritura marca la existencia histórica por lo discursivo, propio del sujeto

Así, la tesis a sostener aquí, es que el cuerpo, ese o eso o esto que parece estar-ahí-siempre con cada uno de nosotros, aquellos que dicen estar vivos de

manera plena, no es otra cosa, que un algo, un algo que no se agota en un yo, una “cosa que piensa”, como diría Descartes, esa cosa, que nos hace evidenciar nuestro paso por el mundo y por la vida, ese vehículo-perfecto-para-la-muerte, que nos trae desde eso que dimos los hombres en llamar “La Cosa”, para llevarlo de nuevo ahí mismo; que dicho sea de paso, sería un planteamiento a desarrollar en otra parte, de la desfiguración del tiempo cronológico, como esa secuencia ordenada de cierta cantidad de movimientos .

Por eso no puede sino estar en nuestra lectura ese enigma del ser y del estar del cuerpo, que no puede no ser un real a nombrar, o a reconocer (al menos). Y que por ello lalengua, es un artificio del psicoanálisis (no de otra ciencia ni disciplina), donde el cuerpo se muestra entonces por fin como escrito, signado, historizado de algún modo, o como sufriente, gozoso, enfermado, y también socializado, politizado, sexuado, purificado, salvado, e imposible de poseerse de manera plena, así como un sin fin de significantes, que quisieran dejar su huella en el, y todos esos súbditos suyos, creyentes como herejes, y también sus contrarios, al parecer continuarán por un buen tiempo, el tratar de imponerle a ese cuerpo, ésa, su inscripción para siempre, con esa ilusión que desfallece en cada oportunidad, a cada vez y a cada quien. Inscripción que no pudieron o no quisieron dejar su nombre en el campo del Otro, para que ese yo que desconoce, y se desconoce fuese finalmente otro. Y así, no quedarse eternamente en el cuerpo, es decir, en ser casi nada.

Casi por concluir se me impone una idea más, que dicta así: acaso no es una razón hipócrita, el decir que lo escrito es la marcación de la impotencia de la palabra desde la voz, que no hay voz sin cuerpo, pues eso sería angelical y por tanto que lo hablado requiere de la mudez de la escritura para sentirse el sujeto ya representado, el sujeto hecho letra, texto, que somos texto cuando quien nos lee es ya un texto, un corpus textual.

Así el cuerpo en su historia no puede estar hecho sino de significantes que anuncian flagrantemente su trabajo mortalmente erótico, y creo que ése es el *hacer* precisamente con *la lengua del cuerpo*, y así que esta historia tenga entonces, su escritura en ese cuerpo, habitado por el sujeto, ese que habla desde lo inconsciente para ser Otro..., que agregaría sólo algo más, quizá eso no deje de evidenciar una *caída*, que no se reduzca a solo la caída de un cuerpo, sino a la vivencia precisa, que más me parece cercana a lo que podría decirse como que esa experiencia es vital, que da vida, precisamente porque la muerte está-ahí.